

VERDADERO CREYENTE

AUGE Y CAÍDA DE STAN LEE



ABRAHAM RIESMAN

Traducción: José María Méndez



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
True Believer
The Rise and Fall of Stan Lee
Crown, Nueva York, 2021

ES POP ENSAYO Nº 29
1ª EDICIÓN: JUNIO 2022

Publicado por
ES POP EDICIONES
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

Published by arrangement with Crown, an imprint of Random
House, a division of Penguin Random House LLC
Copyright © 2021 by Abraham Riesman
All rights reserved
© 2022 de la traducción: José María Méndez
© 2022 de esta edición: Es Pop Ediciones

CORRECCIÓN Y TRADUCCIÓN APÉNDICES:
Óscar Palmer Yáñez

REVISIÓN DE PRUEBAS:
Manuela Carmona y David Muñoz

DISEÑO Y MAQUETA:
El Pulpo Design

LOGO:
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:
Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-17645-18-2
Depósito legal: M-11636-2022

ÍNDICE

	OBERTURA: LO QUE HAY QUE TENER	11
Primera parte:	LA AMBICIÓN Y SUS INSATISFACCIONES	
CAPÍTULO 1:	Huir a cualquier precio (HASTA 1939)	27
CAPÍTULO 2:	Medios para el ascenso (1939 - 1945)	52
CAPÍTULO 3:	Serena desesperación (1945 - 1961)	79
Segunda parte:	MISTER MARVEL	
CAPÍTULO 4:	El precio de la victoria (1961 - 1966)	123
CAPÍTULO 5:	Solo en la cima (1966 - 1972)	171
CAPÍTULO 6:	Fricciones ejecutivas (1972 - 1980)	208
CAPÍTULO 7:	Perdido en Hollywood (1980 - 1998)	237
Tercera parte:	CÓMO HACERSE RICO RÁPIDAMENTE	
CAPÍTULO 8:	El gran experimento (1998 - 2001)	273
CAPÍTULO 9:	Focos y sombras (2001 - 2017)	301
CAPÍTULO 10:	Desintegración (2017 - 2018)	345
	AGRADECIMIENTOS	379
	APÉNDICE I	383
	APÉNDICE II	391
	NOTAS	395
	ÍNDICE ONOMÁSTICO	433

OBERTURA

LO QUE HAY QUE TENER

NO PODEMOS SABER A CIENCIA CIERTA SI SOFIE Y ZANFIR SOLOMON presenciaron el regreso de la celebridad, pero podemos suponer que no tardaron en estar al tanto de su llegada. Corría el crudo invierno de 1899, y los Solomon, treintañeros ambos, llevaban para entonces dieciséis años casados y criando a una creciente prole. Eran oriundos de Vaslui, un distrito escasamente poblado del este de Rumanía en el que habitaban poco más de 110.000 personas (aproximadamente 6.800 de ellas judías, como los Solomon) que intentaban salir adelante en medio de una catastrófica recesión. Aun así, había motivo para la ilusión entre la comunidad judía local durante aquellas largas y lúgubres noches: el hijo pródigo volvía a casa.

«Durante los meses previos, de haber pegado la oreja al suelo, casi habrías podido oír el fragor distante de su llegada, y Vaslui lo aguardó al tiempo que contenía la respiración», escribió Marcus Eli Ravage, un vecino de Vaslui contemporáneo de los Solomon. «En las calles, en el mercado o en la sinagoga, no dejábamos de hacernos unos a otros la misma pregunta: “¿Cuándo llegará?”». Por fin, el paisano que tanto tiempo llevaban esperando arribó a la ciudad a bordo de un tren nocturno, y su elegante levita confeccionada a medida acarreaba el polvo apenas visible de un lugar sobre el que los Solomon tal vez hubieran oído hablar, pero que difícilmente podían imaginar; un lugar que no se regía por las leyes del Viejo Mundo (puede que ni siquiera por las leyes de la física; dado que estaba en la otra punta del orbe,

se decía que allí la gente caminaba cabeza abajo); un lugar donde un judío podía ser lo que se le antojase. «Yo había oído de gente que viajaba a Viena, Alemania, París o incluso a Inglaterra, por negocios o por placer, pero nadie, que yo supiera, había viajado a América por voluntad propia», proseguía Ravage. Y, sin embargo, allí estaba uno de los suyos, de regreso tras haber pasado catorce años en la ciudad que ellos llamaban «Nu-Yor», engalanado con ropajes tan exquisitos como jamás habían visto.

«Las calles estaban repletas de lugareños que se ponían de puntillas con los ojos como platos, campesinos boquiabiertos y visitantes de los pueblos vecinos ataviados con su traje de los domingos, que enterados de la gloria llegada a Vaslui se habían montado en sus carros tirados por bueyes y perros para tomar parte en la misma», recordaba Ravage. Puede que entre los curiosos se hallasen Zanfir, Sofie y su hija de nueve años, Celia; de ser así, debieron de quedar impresionados por los diamantes de aquel hombre, su capacidad para recitar sin trabarse palabras en la extraña lengua inglesa y su cargamento de regalos: «Traía vagones que funcionaban a cuerda como los relojes y corrían por sus vías como trenes de verdad, y negros danzarines y muñecas lloronas, birimbaos y muchas otras delicias tanto para el paladar como para el capricho», relataba Ravage. El recién llegado declaró que ocupaba un alto cargo en el Gobierno estadounidense y, aunque se conducía con modestia, hizo alusión a una fortuna considerable. A buen seguro, los Solomon oyeron contar lo sucedido cuando aquel hombre visitó la sinagoga el domingo: se le concedió el honor de una *aliá* —la oportunidad de recitar una bendición junto a los pergaminos sagrados de la Torá—, que lleva aparejada consigo la obligación de hacer un donativo y, en lugar de los tres o cuatro francos de rigor, ofreció ciento veinticinco sin despeinarse. «A partir de aquel día, Vaslui fue un pueblo diferente», escribió Ravage. Como si de pronto todo el mundo sintiera el impulso de hacer las maletas y marcharse.

Pero, un momento... ¿acaso sería cierto que, tal como afirmaba un lugareño con información de ultramar, aquel hombre estaba exagerando de manera escandalosa su éxito? Sin duda. ¿Descubrió Ravage

con posterioridad que aquel reverenciado individuo —al que apodó Couza, un término rumano que denota realeza— era en realidad un mero capataz de una fábrica de somieres; su mujer, una modista; y su finca palaciega en Nueva York, tan sólo parte de un piso? Por supuesto. ¿Acaso importaba algo de todo aquello? En lo más mínimo. «En algún lugar allende los mares existía un país donde un hombre era un hombre sin que importase ni su religión ni su origen», reflexionaría Ravage. «Incluso aunque el denunciante estuviera en lo cierto y Couza fuese un fraude, América no lo era en absoluto». Quizá debamos interpretar esta historia como una alegoría; en cualquier caso, la conclusión era clara: en el nuevo Jerusalén al que llamaban Estados Unidos, uno podía triunfar siendo un farsante.

SOFIE Y ZANFIR ENGENDRARON A CELIA. Celia y un hombre llamado Jack Lieber engendraron a Stanley. También engendraron al no tan conocido Larry y ahí se plantaron y dejaron de engendrar. Y, con el tiempo, podría decirse que Stanley se engendró a sí mismo; se inventó un personaje, de nombre Stan Lee, y en el proceso de interpretarlo dejó de ser Stanley para siempre. Dicho personaje es bien conocido por miles de personas en Estados Unidos y en todo el planeta: un hombre jovial y dinámico, de ilustre pedigrí en el mundillo del cómic, que lucía gafas tintadas y bigote cano y trotaba jubilosamente por el mundo, disfrutando de la vida y los saraos, soltando latiguillos («¡Visita al frente!», «¡Todo dicho!», «¡Excelsior!») y granjeándose el afecto tanto de los jóvenes como de los jóvenes de corazón. Pero, llegadas las postrimerías del año 2018, Stan había muerto y Larry era el único ser humano que recordaba cómo fueron las cosas *antes*.

Antes de Spiderman, antes de los Vengadores, antes de la Patrulla-X, antes de los Cuatro Fantásticos. Antes de Marvel Comics, antes de Atlas Comics, antes de Timely Comics. Antes de Stan Lee Media, antes de POW Entertainment, antes de las acusaciones de fraude y delitos bursátiles. Antes de los cameos en las películas, antes de los juegos para móviles, antes de los webisodios, antes de las películas directas a vídeo que nadie parecía ver. Antes de *Stripperella*, antes de la

segunda venida de *Stripperella*. Antes de las acusaciones de maltrato a ancianos, antes de las acusaciones de agresión sexual, antes de las llamadas a los servicios de emergencias, antes de los tebeos firmados con sangre. Antes de las demandas, antes de los arrestos, antes del Tribunal Supremo, antes de las declaraciones de culpabilidad. Antes de Jack Kirby, antes de Steve Ditko, antes de Peter Paul, antes de los Clinton (sí, esos Clinton), antes de Gill Champion, antes de Jerry Olivarez, antes de Keya Morgan. Antes de Joan, antes de Jan, antes de JC. Antes de que el nombre «Stan Lee» fuese una marca registrada, antes de que renunciase a él, antes de que renunciase a él por segunda vez, antes de que la gente empezase a pelearse por él como hienas ante un ño ensangrentado. Antes de que todo fuera construido, antes de que todo se viniera abajo. Antes de todo aquello, estuvo Larry.

Y después de todo aquello, seguía estando Larry. Hacía cuarenta y cinco días que Stan había muerto, poco antes de cumplir los noventa y seis años. Larry, a sus ochenta y siete, estaba sentado en un sofá de color beis en un estudio del tamaño de una caja de zapatos en el Upper East Side de Manhattan, con los pantalones subidos por encima del ombligo y una camisa verde cubriendo su pecho marchito. La escena en casa de Larry era caótica: papeles amontonados encima de una mesa de dibujo en desuso y cajas de contenido diverso tiradas desordenadamente por el suelo; un boceto de valor incalculable, dedicado por los creadores del Capitán América, amarilleando en un marco barato; una almohada atada con cinta elástica a una silla de trabajo a efectos ergonómicos y fotos de mujeres ya fallecidas a las que una vez amó adornando insulsas estanterías. Una desaliñada perilla recorría la parte inferior de su rostro y, resguardados tras unas gafas de culo de vaso, sus ojos transmitían tristeza. Dejó escapar un suspiro.

«Tenía varias caras», dijo Larry sobre su difunto hermano, con el casi inapreciable acento judío neoyorquino que ambos habían compartido. «Casi me siento como si estuviera hablando de Charles Foster Kane. ¿Quién era? ¿Qué era? ¿Cómo era?». Larry hizo una pausa y sopesó sus propias preguntas. Su respuesta fue simple, pero completamente acertada: «Depende de con quién hables y en qué momento».

A modo de ejemplo, podríamos fijarnos en la fastuosa gala en homenaje a Stan Lee que se celebró algunas semanas después en el famoso Teatro Chino de Hollywood. Miles de admiradores hicieron cola para enseñar sus entradas (la más barata costaba ciento cincuenta dólares) y acceder al auditorio, donde varios profesionales de la industria del entretenimiento que conocieron o admiraban a Stan hablaron de la huella que éste había dejado en sus vidas. Fuera, un fan explicó por qué había acudido: «Me pareció la mejor forma de honrar y celebrar la vida de Stan Lee, alguien que, con sus cómics y sus creaciones, dio en muchos aspectos forma a la persona que soy hoy». Otro calificó a Stan como «el Mark Twain de Marvel» y defendió que debería figurar en «el Monte Rushmore de los cómics». Otro afirmó que era «un icono. *Stan the Man* es insuperable. Su legado no morirá nunca». Un admirador había conducido hasta allí desde Las Vegas, y no sin motivo: «Para mí, Stan Lee era prácticamente una figura paterna, aunque sólo fuese por haber crecido leyendo sus cómics», explicó. «Con ellos adquirí buena parte de mis valores y pude conectar a un nivel más profundo con otras personas. Soy hijo de madre soltera, así que me vino muy bien poder contar con ese hombre digno de admiración que no tuve en casa». Todos los presentes glosaron con entusiasmo sus anécdotas, su contacto con los fans y sus numerosas intervenciones en decenas y decenas de películas de superhéroes, en las que aparecía por sorpresa para ofrecer sus enseñanzas, servir de alivio cómico o, a menudo, ambas cosas a la vez. Para aquellas personas, Stan había sido una inspiración, algo parecido a un dios.

Meses después, la que fuese la compañía de Stan, Marvel, celebró en el New Amsterdam Theatre de la calle 42, en Nueva York, un homenaje aún más sonado, grabado para su posterior emisión en la cadena ABC. Allí, los elogios fueron aún más efusivos. «Stan Lee empezó una historia sin final que ha cambiado el mundo», aseveró el actor Tom Hiddleston. «Stan Lee fue probablemente el escritor y artista más importante de mi vida», dijo el presentador televisivo Jimmy Kimmel. «Si hablamos de crear grandes personajes y contar historias memorables, Stan Lee fue un superhéroe», afirmó el presidente de

Disney, Bob Iger. «Stan fue un visionario cuya pasión por el arte de contar historias ha dejado una huella imborrable en la cultura pop y en la industria del entretenimiento», dijo Clark Gregg, estrella televisiva de Marvel. «Doy gracias por que formara una parte tan importante de mi infancia, algo que siempre me ha acompañado», reveló Mark Hamill, el icono de *La guerra de las galaxias*. «Stan es uno de los padres fundadores de la mitología de los Estados Unidos y creo que nos sobrevivirá a todos», sostuvo Sana Amanat, coordinadora de Marvel Comics. Hubo risas, vítores y tiernas remembranzas que hicieron brotar las lágrimas desde la platea hasta los palcos.

La gala del New Amsterdam fue exclusivamente para invitados y la mayoría de los integrantes del círculo íntimo de Stan no estuvieron presentes; algo lógico, teniendo en cuenta que, para entonces, la mayoría de ellos estaban demandándose mutuamente, a la espera de juicio o poniendo a parir a Marvel en la prensa. En un caso en particular, las tres cosas a la vez. De modo que el homenaje en el Teatro Chino fue lo más parecido a un funeral que tuvo Stan, pero Larry no se contó entre los asistentes. No estaba seguro de que lo hubieran invitado, pero, aunque así hubiera sido, es de suponer que no habría ido. Por un lado estaba su miedo a volar, pero también el persistente resquemor que sentía en lo tocante a Stan. Pese a haber trabajado para su hermano de manera intermitente durante cincuenta años como guionista y dibujante, éste siempre se mantuvo distante en el plano emocional. Con voz entrecortada y los ojos anegados en lágrimas, Larry recordó una anécdota de los años setenta, cuando le costaba Dios y ayuda conseguir que Stan le encargase algún trabajo. Su hermano no paraba de quitarse el muerto de encima, aduciendo que sus funciones se limitaban ahora a ser el director editorial de Marvel Comics y que eran los coordinadores quienes decidían quién trabajaba en sus respectivas series. Larry sabía que aquello era un cuento y acabó por acudir directamente a uno de los coordinadores para pedirle ayuda. «Verás, Larry», recuerda que le dijo su interlocutor, «aquí en la empresa todo el mundo sabe que Stan sólo piensa en sí mismo y en su familia... y tú no formas parte de ella».

No, la familia de Stan siempre consistió en tan sólo dos personas: su mujer y su hija. La primera, Joan Boocock Lee, falleció poco más de un año antes que él, de modo que el único miembro de la tríada que quedaba con vida era su hija de sesenta y ocho años, Joan Celia Lee (así llamada, en un inusual gesto de reconocimiento hacia sus ancestros, por la hija de Sofie y Zanfir), comúnmente conocida como JC. Por aquellas fechas acababa de ser objeto de muy mala prensa: algunos de los principales medios informaron de que había maltratado física y verbalmente a sus ancianos padres, derrochando alegremente el dinero de Stan y presionando para acceder a un fondo fiduciario establecido para evitar que malgastara toda su herencia de golpe. No obstante, merecía un poco de compasión: supuestamente era esquizofrénica (algo reconocido en privado por su padre), bipolar y drogadicta. Me pasé semanas intentando que su abogado/publicista/socio, Kirk Schenck, me concertase una entrevista con ella. Schenck me aseguró que lo haría, pero nunca cumplió. Lo que sí hizo, curiosamente, fue intentar convencerme para participar en un proyecto de película que estaba pergeñando con JC. Pocos días después de haber escuchado el lamento de Larry, una de mis fuentes me consiguió el número de teléfono de JC y decidí probar suerte, con la esperanza de mantener una primera conversación *on the record* para concertar luego una entrevista más larga. Descolgó ella personalmente.

«Esto es peor que una noticia falsa», dijo en referencia a aquellos desagradables comentarios aparecidos en la prensa. «Pura maldad. Mi padre lo pasó fatal, mi madre lo pasó fatal y ahora también yo lo estoy pasando fatal». Se echó a llorar. «¡Nadie le hizo daño a nadie!», exclamó a continuación. «No hubo nada más que amor». (Al parecer, aquella era una de sus frases favoritas; unos años antes se había autoeditado un extraño libro de fotos de familia anotadas por ella que tituló *La historia de amor de Stan Lee: «¡Nada más que amor!»*). Mientras me hablaba de su padre, las lágrimas dieron paso a los sollozos y sus palabras se hicieron ininteligibles. Luego se recompuso y, sin que yo se lo pidiera, abordó los rumores sobre su fama de derrochona: «Pongamos que me haya comprado un par de zapatos o que sean treinta. ¿A quién le importa

eso? ¿Acaso le he pedido a alguien que me los pague? ¿Por qué debería importarle a nadie? ¿Por qué?». Su discurso se volvió paranoico: «Me gustaría saber quién ha mandado a todas esas sabandijas. Porque son alimañas. Pero ¿quién está detrás de ellas? ¿Quiénes son los de arriba? Esos tipos que viajan en los jets privados que se han comprado gracias a mi padre. Creo sinceramente que todo lo que ha pasado es un complot. ¿Que quieren decir que la hija de Stan Lee está loca? Pues muy bien, que lo digan. Estoy dispuesta a sentarme con todos los médicos y abogados que quieran, cuando quieran».

Cuando al fin accedió a que la entrevistara para mi artículo, le contesté que debía de haberse producido algún malentendido; lo que yo estaba escribiendo era una biografía, no un artículo. Al oír aquello, cambió de opinión de inmediato. «Pues dígale a los de Random House que nos veremos las caras en Nueva York. Tengo un libro de dos mil páginas», aseguró en tono desafiante. «Saben perfectamente quién es JC Lee y lo saben desde los años ochenta». De pronto, se puso a gritar: «¡No me interesa su libro, el único libro que me interesa es el *mío*! Se titula *Mi padre me compró una casa*. ¡No puede empezar de otra manera!». Y colgó. La conversación había durado apenas tres minutos. Escasos momentos después, uno de mis confidentes en el círculo íntimo de Stan (pese a que se odia mutuamente, esa gente está permanentemente en contacto) me mandó un mensaje para avisarme de que JC le estaba contando a todo el mundo que yo le había robado el manuscrito de su libro y que pretendía publicarlo con mi nombre. Entonces le mandé un mensaje a Schenck para disculparme por haberle puenteado y para preguntarle qué hacer a continuación. Él me telefoneó y comentó con voz cansada: «Ahora ya sabe con lo que tengo que lidiar».

Lo único predecible de la hija única de Stan era su impredecibilidad, algo que no pudo hacerse más evidente cuando, pocos meses después, recibí el siguiente mensaje de texto de un individuo llamado Peter Paul, con el que ya había mantenido cierto contacto: «JC me va a enviar un colgante que contiene cenizas de Stan». Aquello me resultó bastante extraño, pues Stan se fue a la tumba odiando a Paul y el sentimiento era mutuo. Cuando le expresé mi sorpresa, Paul me

mandó la foto de un colgante que, presumiblemente, contenía una pizca de los restos del insigne difunto. «Guau», contesté. A lo que Paul respondió: «Abe, yo no cuento milongas».

Se trataba de una aseveración bastante cuestionable, ya que Paul relata cantidad de historias que, como mínimo, *suenan* demasiado increíbles para ser ciertas. En los años noventa, Stan y él fueron amigos íntimos y solían quedar a comer y a beber en un momento en que Lee languidecía en Marvel sin nada que hacer. Paul, que llevaba algún tiempo dedicándose a maquinara para darle un empujón a la carrera de varios personajes de tercera (Fabio y Buzz Aldrin fueron dos de los más notables), decidió ayudar a Stan a liberarse de su contrato con la compañía que le hizo famoso. A raíz de aquello, se asociaron y poco antes del cambio de milenio montaron una empresa de entretenimiento *online* llamada Stan Lee Media. Al principio fue una auténtica máquina de fabricar dinero que hizo babear a los ejecutivos de Wall Street y llegó a eclipsar brevemente el valor en bolsa de la mismísima Marvel. Sin embargo, a finales del año 2000 se hundió de manera tan pública como espectacular debido al estallido de la burbuja de las puntocom, la malversación de fondos y, sobre todo, una investigación conjunta del Departamento de Justicia y la Comisión de Bolsa y Valores de los Estados Unidos a raíz de los graves delitos financieros cometidos en el escalafón más alto de la compañía. Stan fue eximido de todo delito, pero a Paul le llovieron los cargos, se declaró culpable de uno de ellos y acabó en la cárcel. Por increíble que parezca, se trataba de su cuarta condena criminal: en los años setenta y ochenta estuvo repetidas veces en prisión por posesión de cocaína en grandes cantidades, por utilizar la identidad de un fallecido para cruzar la frontera de Canadá y por estafar al gobierno cubano (es una historia muy larga). Stan consideraba a Paul responsable de la destrucción de Stan Lee Media y lo denunció abiertamente en múltiples ocasiones. Tal como escribió en su segundo libro de memorias tras describir el fiasco: «Nunca volveré a ser tan estúpidamente confiado».

Ojalá hubiese sido así. A Stan se le daba extraordinariamente mal juzgar a la gente y era sorprendentemente susceptible al engaño o,

como poco, a dejarse manipular de manera miserable. Y vivió para lamentarlo. Su último año y medio, cuando ya no contaba con su difunta esposa para protegerlo de los timadores, fue una vorágine infernal de abusos y latrocinio. Pero, ¿quiénes fueron los culpables? Como en una partida de Cluedo, cuesta identificar al villano. ¿Fue el peor Keya Morgan, un coleccionista de *memorabilia* y adlátere de Hollywood detenido en varias ocasiones por distintos presuntos delitos relacionados con Stan? ¿O lo fue Jerry Olivarez, que montó una falsa organización benéfica con ánimo de lucro e implicó a Stan en el asunto para luego desaparecer con un abultado cheque suyo, presuntamente falsificado? ¿O quizá Max Anderson, el *road manager* de Stan, acusado de robar innumerables objetos valiosos relacionados con su carrera? ¿Acaso lo fue JC? ¿O una alianza entre todos o varios de ellos? Cada una de las personas que acabo de nombrar asegura haber sido la única que de verdad se preocupó por defender los intereses de Stan y que todos los demás son unos ladrones con la mano muy larga de los que no hay que fiarse.

De lo que no cabe duda es de que Morgan era y sigue siendo el más ostentoso de estos sospechosos, asegurándose durante los años en que mantuvieron una relación estrecha de aparecer en todos los estrenos para salir junto a Stan en las fotos y de participar en sus reuniones con diversas celebridades, desde Leonardo DiCaprio y Robert De Niro a David Copperfield y Buzz Aldrin (curiosamente, ahí vuelve a estar Aldrin), por lo general vestido con un traje oscuro y tocado con un bombín negro que, asegura él, fue un regalo de Michael Jackson. Casi un año después de la muerte de Stan, Morgan entró trajeado y luciendo gafas de sol en un restaurante de las afueras de Los Ángeles y se sentó en un reservado conmigo y su guardaespaldas armado. Pidió un asiento de cara a la salida (porque «yo jamás le doy la espalda a la puerta», dijo). Dado que estaba a punto de ser juzgado por un presunto delito de malos tratos a un anciano en la persona de Stan, lo más extraño fue que no lo acompañase ningún abogado. En el transcurso de casi cinco horas de charla, Morgan me contó que el mundo entero estaba confabulado en su contra y se presentó a sí mismo como un

dechado de virtud. Con gran autobombo, me enseñó libros, revistas y periódicos que glosaban su figura de coleccionista de pertenencias de famosos y por último abrió su portátil. A continuación reprodujo para mí grabaciones en audio y vídeo de Stan durante sus últimos meses de vida; unas grabaciones que cambiaron para siempre la imagen que me había hecho de él. No pude evitar preguntarme si había algo de cuanto había visto y oído que fuese realmente auténtico y creíble, lo cual resulta tristemente apropiado; al fin y al cabo, la historia de Stan Lee es el lugar al que va a morir la verdad objetiva.

DE UNA COSA PODEMOS ESTAR SEGUROS: Stan Lee no fue muy sincero respecto a su vida y sus logros. Mintió sobre cosas pequeñas, mintió sobre cosas grandes, mintió sobre cosas extrañas y es muy posible que mintiera sobre algo decisivo y fundamental. Si, en efecto, mintió sobre esto último —y hay motivos sustanciales para creer que lo hizo—, tal mentira cambiaría por completo su legado.

Stan se convirtió en un nombre y una cara reconocibles para miles de millones de personas porque sostenía haber creado el Universo Marvel. Y no hay duda de que jugó un papel clave en ello. En 1961, después de más de dos décadas trabajando duramente de forma anónima como guionista y coordinador para una mediocre editorial de *comic books*, Stan y un guionista y dibujante llamado Jack Kirby crearon un tebeo de superhéroes titulado *The Fantastic Four* (Los Cuatro Fantásticos). Era un tebeo lleno de acción, con un dibujo dinámico, diálogos repletos de energía y, lo más importante de todo, protagonizado —a diferencia del resto de tebeos de superhéroes que lo habían precedido— por unos personajes que se odiaban entre sí casi tanto como odiaban sus superpoderes. No resulta exagerado afirmar que aquel tebeo supuso un punto de inflexión en la cultura popular universal, teniendo en cuenta que su éxito condujo a toda una avalancha de revolucionarios cómics de superhéroes humanistas publicados por la misma editorial, conocida en años precedentes por distintos nombres pero rebautizada a partir de aquel momento como Marvel Comics. Spiderman, Iron Man, el Increíble Hulk o Pantera Negra

son sólo algunas entre las numerosas creaciones —que con el tiempo acabarían resultando más lucrativas de lo que nadie hubiera podido soñar jamás— surgidas en un periodo crucial, un puñado de años de creatividad.

Pero ¿la creatividad de quién? Stan siempre se atribuyó la mayor parte del mérito, afirmando que fue él quien se inventó a todos esos personajes y que se los fue pasando a Kirby sólo para que los dibujara. Desde hace tiempo esta ha sido la versión aceptada por el público crédulo. Incontables artículos y entrevistas han dado su palabra por buena, canonizando a Stan como una de las mayores fuentes culturales en la historia de los Estados Unidos; «el Homero del siglo XX», tal como reza una frase repetida con frecuencia. Pero todo ese reconocimiento obvia un hecho tan insólito como escandaloso: es muy posible, puede incluso que probable, que todas aquellas historias y personajes que hicieron famoso a Stan surgieran en realidad de la mente y la pluma de Kirby, que se pasó buena parte de su vida odiando a Stan por lo que él consideraba una descarada apropiación del mérito. Es fácil demostrar que Stan mintió descaradamente y muy a menudo acerca de la contribución de Kirby a los tebeos que ambos produjeron juntos. ¿Hasta dónde llegó ese engaño? Hay quienes aseguran, de manera bastante convincente, que Stan ejecutó uno de los actos de usurpación artística más osados de la historia moderna.

Según cuentan la mayoría de las crónicas, Stan Lee fue un hombre de trato extremadamente agradable. Era encantador, amable, modesto, afectuoso y cortés. Amaba apasionadamente a su esposa, apoyó de manera incansable a su hija, sirvió de trampolín para muchos de los creadores que trabajaron para él y siempre fue atento con sus legiones de fans. Es innegable que ha habido multitud de personas muchísimo más crueles que él en la industria del cómic y en las artes creativas en general. Y no cabe duda de que su contribución al Universo Marvel fue enorme: escribía diálogos chispeantes y unos textos enjundiosos, y su dominio de la gestión y la coordinación editorial propició la creación de un plantel de historietistas sin par en la historia del medio y una secuencia de historias interconectadas que no ha dejado de crecer

hasta nuestros días. Lo que es más: su extraordinario don para la promoción fue lo que vendió Marvel al mundo y la convirtió en la marca multimillonaria que es hoy.

Pero, en el fondo, Stan fue un hombre cuyo éxito se debió más a la ambición que al talento. Vivió la prototípica vida estadounidense; partiendo virtualmente de la nada, tuvo que bregar en el purgatorio de la clase media hasta alcanzar finalmente la cima de la fama y la riqueza. Sin embargo, como hijo pródigo de Vaslui, sus verdaderos logros siempre le supieron a poco y alardeó de más. La suya es una historia de triunfo, pero también de sufrimiento y ambición desmedida.

El relato, a menudo falso, que Stan Lee contaba de sí mismo y de su trabajo era el del sueño americano: un éxito ganado a pulso gracias al trabajo duro, el optimismo y la fidelidad a uno mismo. Pero el auténtico relato de su vida es el de la realidad americana: la del éxito obtenido en no escasa medida gracias al nepotismo, los atajos, la falsedad y el hurto. Tal vez esta manera de enfocar la existencia le ocasionó un punto ciego, pues acabó rodeado de caricaturas de su propia ambición, individuos con muchos menos escrúpulos en su búsqueda del dinero y la fama. Vista fríamente en su conjunto, la travesía vital de Stan Lee constituye una de las historias más fascinantes del pasado siglo en el campo de las artes y las letras estadounidenses; una travesía que, hasta ahora, no había sido examinada de forma pública. Ha llegado la hora de contar esa historia.

Una de las expresiones más características de Stan era la de «*true believer*», verdadero creyente. Él la usaba para dirigirse a sus seguidores («¡Vista al frente, verdaderos creyentes!» y cosas así), pero en lo que a su propia leyenda se refiere quizás su mayor creyente fuera él mismo. Esa continua entrega a la autopromoción acabaría siendo su condena. Otro de sus eslóganes habituales era «¡Excelsior!», que en latín significa «siempre hacia arriba». Y vaya si consiguió llegar alto. Pero también cayó desde allí.